

HOMILÍA FUNERAL HERMANO JOSÉ RAMÓN MUÑOZ GARCÍA

San Asensio, 28.10.2020

Textos de la liturgia de la Palabra:

Carta a los Romanos 6, 3-9 / Salmo 24, 6-7bc. 17-18. 20-21/ Juan 14, 1-6

Estimados Hermanos y celebrantes.

Hoy celebramos nuestra fraternidad reunidos en torno a un acontecimiento profundamente familiar y emotivo para todos, que nos recuerda que somos Hermanos: la despedida de José Ramón. Agradecemos la vida que Dios le regaló y que él gozó en este mundo. Hoy se la entregamos a Dios colmada y rebosante.

Y lo celebramos en el contexto de una tragedia global como la pandemia del covid19, unos momentos en los que, inmersos en las distancias y los miedos, la incertidumbre y la conciencia de los propios límites se hacen presentes. Pero un tiempo en que apreciamos más que nunca lo valioso de la vida, los cuidados que nos ofrecemos unos otros, la calidad de los profesionales que nos atienden... Un tiempo que nos llama a repensar nuestros estilos de vida, nuestras relaciones, la organización de nuestras sociedades y sobre todo el sentido de nuestra existencia.

La vida terrenal no es eterna y también la muerte se encarga de recordárnoslo, como ahora con el tránsito de nuestro Hermano José Ramón. Por eso, como creyentes, celebramos, una vez más, el misterio pascual. La experiencia de la pérdida ha aparecido de nuevo en nuestra vida y algo ha cambiado, porque uno de nosotros ya no se encuentra con nosotros. Resurgen preguntas y sentimientos encontrados. Lo que estamos viviendo, en esta despedida y ante esta pandemia, es una invitación a vivir una nueva vida, impregnada por la esperanza que ejercitamos, la confianza que nos mantiene y la determinación que madura en forma de gratitud.

Nuestro Hermano, por el bautismo, quedó incorporado a la muerte y a la «suerte» de Cristo, y, por tanto, esperamos que *«así como ha compartido ya la muerte de Jesucristo, comparta también con él la gloria de la resurrección»*. Con la confianza que nos proponía el salmo responsorial: *«tu ternura y tu misericordia son eternas; guarda mi vida y líbrame, acuérdate de mí con misericordia, por tu bondad, Señor»*, renovamos nuestra fe en que Jesús *«nos llevará consigo, para que donde Él está, estemos también nosotros, junto al Padre»*.

Sí, nuestra existencia está unida a la muerte y resurrección del Señor, no sólo nuestro «momento final»; durante toda nuestra vida, vamos muriendo y resucitando cada día, constantemente. Morir y resucitar. Crucificar, a cada paso que intente aflorar, a nuestro hombre viejo, egoísta, insolidario, orgulloso, violento, injusto, mentiroso... Y desde ahí, crucificar a ese mundo de muerte: un mundo de llanto, abuso, violencia, engaño, injusticia... Una humanidad que no se fía del otro, que no valora a la persona, que se aprovecha de los demás, que les hace sufrir y morir.

Pero, a la vez, resucitar, comprometerse en la apasionante tarea de hacer resurgir la «nueva condición cristiana», liberándonos de las mil esclavitudes que nos maniatan, alumbrando cada día un retazo de hombre nuevo para un mundo en paz, respeto, libertad, bienestar, alegría y ganas de vivir. Eso es incorporarse por el bautismo a la resurrección de Cristo.

Y, sin duda, así fue sucediendo en la vida de nuestro Hermano, a quien sus padres Jesús y Rosario hicieron bautizar en Buñuel (Navarra) un mes de julio de 1931, y a quien encontramos en el Noviciado Menor de Irún a sus 13 años. Muy vinculada toda la primera etapa de su vida a La Salle Enea, allí tomó el hábito y realizó su primera consagración, allí completó toda la formación propia de los Hermanos, tanto el Curso medio de Estudios Religiosos como el Magisterio de la Iglesia. Tras conseguir el Magisterio del Estado (Valladolid, 1954), allí también realizaría su profesión perpetua, en 1956, ya con 25 años, y siendo para entonces formador de los novicios menores. Completaría posteriormente su formación con su titulación como Auxiliar en Letras, destacando en francés y latín, formación que culminaría con el CEL en el que participó en 1989.

En esta formación no podemos olvidar los cursos de canto gregoriano que siguió, en la Escuela Superior de Música Sagrada, o el título de Maestro de música que alcanzó en el Conservatorio de Bilbao, demostrando unas cualidades que nos hablan de su alta sensibilidad interior. Su estancia en los Aspirantados de Irún y San Asensio supusieron años de una excelente aportación a la formación musical de no pocos Hermanos. Considerado un gran organista, con una seguridad asombrosa en la ejecución, durante su estancia en Zaragoza no dejó de acompañar numerosas celebraciones en la parroquia de San Miguel de los Navarros y en la propia comunidad. Algo que continuaría haciendo aquí en San Asensio en su última etapa. Muchos ratos de meditación y oración pausada le debemos a su buen obrar. Por eso, sin duda, el órgano hoy enmudecido, nos transmite también su pesar y se une con su silencio a nuestro dolor.

En su recorrido comunitario, destacan los años que sirvió como formador: 11 años en el Noviciado Menor de Irún y 4 en el Aspirantado de San Asensio. A partir de 1967 estaría por breves tiempos en Bilbao (Santiago Apóstol), en San Sebastián (Los Ángeles), en Bayona (Saint-Bernard), para perfeccionar el francés, en Alfaro... Tras participar en el CEL en Madrid en 1976, se traslada ya a Zaragoza, donde estuvo 42 años: primero en Valdefierro, por tres años, y luego ya en Gran Vía, comunidad a la que perteneció durante 39 años, y a la que sirvió como director durante 5 años.

Como profesor era concienzudo, cercano a los alumnos, preparaba con cuidado las lecciones, renovaba con originalidad sus métodos de enseñanza, eran clásicas sus lecciones de latín. Nunca dijo no a las responsabilidades y asumió los subdirectorados del Aspirantado de San Asensio, y de Los Ángeles, así como la dirección de Alfaro, con gran dedicación. Como persona, reservado y muy organizado, preocupado de su formación permanente y del cultivo de su vida espiritual, respetuoso con sus Hermanos de comunidad, a los que bien conocía y aceptaba en su diversidad, manifestándose positivo en sus juicios incluso cuando podía sentir desagrado por aspectos de la vida comunitaria para él mejorables.

Como Vicepostulador, durante muchos años, de la causa de canonización del H. Adolfo Lanzuela, llevó adelante con constancia la publicación del boletín informativo periódico, la animación de las eucaristías de memoria y acción de gracias por la vida del Venerable Hermano y la recogida de donativos para su causa, contribuyendo a difundir el conocimiento de este Siervo de Dios y propagando su devoción. No habrá sido pequeño el abrazo que hayan podido darse al reencontrarse en la presencia del Padre, no.

Preocupado siempre, y agobiado a veces, por el cuidado de su salud, en 2019 pidió ser trasladado a esta Comunidad de La Estrella, con la intención de afrontar con paz y tranquilidad la última etapa de su vida, aunque disponible también para asumir los servicios que pudiese prestar. Sin duda que a esta búsqueda continua de la paz espiritual se habrá debido también su solicitud, no hace muchos días, de recibir el sacramento de la unción de los enfermos. Aquí ha gozado este tiempo de todo aquello que

buscaba, así como de una comunidad acogedora y cercana y de un personal atento, cariñoso y servicial. Gracias a todos y todas.

¿Cómo no creer, hermanos, que una vida así merece la pena ser celebrada? Sí, ya sabemos que a veces se cuelan los fallos y deficiencias humanas; Dios, que *«conoce nuestra masa y no ignora que somos barro»*, también lo sabe. Por eso *«nos ha incorporado a Cristo»*. Y por eso, al celebrar hoy la vida de José Ramón, en realidad celebramos su vida en Cristo, que ha ido recogiendo uno a uno todas las opciones, compromisos y servicios de nuestro Hermano para incorporarlos a su propia resurrección como destellos de nueva humanidad.

Celebramos en esta eucaristía la participación de nuestro Hermano en el misterio de muerte y resurrección de Jesucristo, llenos de confianza en que el Señor cumple con él la promesa que hemos escuchado anunciar en el evangelio: *«En la casa de mi Padre hay muchas estancias... cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros...»*. José Ramón ya ha encontrado la suya.

Que esta celebración sirva también para que todos nosotros contemplemos nuestro mundo y cada una de nuestras vidas a la luz de Cristo-Jesús, a quien reconocemos como *«camino, verdad y vida»*; no somos señores absolutos de la propia vida y menos de todo lo que existe. Sigamos caminando tras sus pasos hacia una forma nueva de vida, descubramos definitivamente que nos necesitamos y nos debemos los unos a los otros, reintensifiquemos la compasión y la solidaridad en nuestra vida diaria.

Hermanos, que no se turben nuestros corazones, que nada ni nadie nos arrebate la paz; no caminamos en la oscuridad, nuestra vida avanza junto al que es la Luz que nunca se apaga. Hermanos... ¡Estamos en buenas manos! ¡Todo irá bien!